

las enfermedades y las deserciones, pero que pasaba todavía de 5,000 hombres de todas armas.

Poco despues que Santa-Anna salió de Chilpantzingo, los pronunciados se interpusieron entre su ejército y aquella ciudad, cortándole enteramente las comunicaciones; y á consecuencia de esto, trascurrió mas de un mes sin que en la capital se supiera nada del dictador ni de su gente. Fué de ver cómo se aumentaba por grados la consternacion, á medida que se pasaba el tiempo sin tener noticia del ejército expedicionario, cuando se creía que su marcha habia de ser una série de continuas victorias. Parecia que la tierra se habia tragado aquellos 5,000 hombres y á su jefe, y corrían los mas estraños rumores, que el miedo de los unos, y la alegría de los otros, interpretaban siempre de una manera desfavorable. Ya se decia que los pronunciados del Sur los habian derrotado completamente aguardándolos en una emboscada, al trepar por algun desfiladero, ó al atravesar algun rio: ya se sospechaba que se habian perdido en aquellas breñas inaccesibles, donde no habia caminos ni veredas mas que para las bestias feroces: ya se temia que hubiesen perecido todos de hambre, de fatiga y de sed, en algun desierto abrasado por el sol, donde no habian encontrado ni un manantial que los refrescara, ni un árbol que les diera sombra. En fin, todo lo que se decia sobre la suerte

del ejército, era siniestro y terrible para los que de él esperaban el esterminio de la naciente revolucion y el aseguramiento del poder unitario.

Los ministros del dictador se veían mas que nadie acongojados por estos temores, cuya realizacion podia dejarlos de repente entregados á su impotencia: pero el temor de los ministros tomó muy diferente sesgo, segun dijo entonces la voz pública; sus sospechas fueron mas allá que las sospechas de la multitud: esta no presagiaba mas que desgracias para el dictador y su gente; los hombres del gabinete temieron una falsía; desconfiaron del hombre á quien habian ensalzado como un ídolo; sospecharon que podia celebrar con los rebeldes alguna transaccion que los precipitara de sus puestos; y aun se dijo que habian osado abrir el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones, por ver si encontraban en él algun medio de calmar los temores que los atormentaban. Tal fué por lo menos el rumor que corrió entonces, harto justificado en cuanto á las sospechas, por el carácter receloso de las personas que formaban el gabinete, bien que no haya datos para atestiguar el hecho que se les atribuyó, de la apertura del pliego.

Debilitado por la fatiga y las privaciones, pero fuerte todavía por el número, por la disciplina y por el

valor, llegó como hemos dicho, el ejército de Santa-Anna á los suburbios de Acapulco, el 19 de Abril de 1854, entre once y doce de la mañana, y se situó al Norte de la ciudad por el rumbo de las Huertas, hasta un punto que se llama el Farellon.

Desde el 16 Don Ignacio Comonfort habia declarado la plaza en estado de sitio, reuniendo en la autoridad militar todas las atribuciones de las autoridades civiles; prohibiendo la salida de la ciudad sin pasaporte de la inspeccion de policía; declarando obligados á los varones de diez y seis hasta cincuenta años, á tomar las armas, ó á prestar cualquiera otro servicio que se les exigiera; sometiendo á un consejo de guerra á los que auxiliaran al enemigo; y ofreciendo, por último, toda clase de proteccion á los agentes consulares de las naciones amigas, á quienes se dejaba en libertad para fijar su residencia donde quisieran.

El 19, Comonfort dirigió la palabra á sus soldados, invitándolos á pelear hasta vencer ó morir por la libertad, por la patria y por la gloria, pero recordándoles que en la hora del triunfo debian tratar como hermanos á los soldados enemigos. Para éstos tuvo tambien el defensor de Acapulco palabras de afecto y de conciliacion, con las cuales les pintó la triste glo-

ria de triunfar defendiendo á la tiranía, y la desdicha de perecer por ella.¹

Hecho esto, se encerró en la fortaleza con sus valientes compañeros, y esperó al enemigo con la calma de un justo y la resolucion de un héroe.

Heroismo era menester para no desmayar á la vista de tanta fuerza enemiga y de tanta debilidad propia. Temblaban de espanto los habitantes de Acapulco al contemplar las terribles consecuencias de una desgracia que tenian por inevitable. ¿Cómo habia de defenderse un puñado de hombres en un castillo desmantelado, contra mas de cinco mil combatientes, los mejores soldados que entonces tenia la República, mandados por la flor de los generales mexicanos? Era segura una derrota; y en tal caso, ya veían aquellos habitantes á sus amigos los defensores de la fortaleza, perecer en horrible carnicería á manos del vencedor, y á la ciudad tratada como pueblo enemigo.

Sobrada razon habia para hacer estas tristes reflexiones, porque el castillo de San Diego era indefendible en el estado en que se hallaba. Hacia tres meses que el gobierno le habia mandado reconocer por el ingeniero Don Manuel Aljobin, quien le habia

¹ Véase esta proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. XI.

encontrado desprovisto de todo, sin pertrecho ninguno, sin municiones, sin un cañon capaz de sufrir tres disparos, y en tal estado de ruina, que calculó seria necesario gastar setenta y dos mil pesos para hacer en él las reparaciones mas indispensables.

No habia gastado tanto el nuevo gobernador de la plaza, porque estaba bien escaso de recursos, y tenia que emplear los pocos con que contaba, en la subsistencia de su corta guarnicion. Su actividad, sin embargo, y sus desvelos habian hecho en la fortaleza cuantas mejoras habian sido posibles durante un mes de trabajo y de constancia; de tal suerte, que cuando las tropas de Santa-Anna llegaron allá el 19 de Abril, pudo recibirlas á cañonazos, con el objeto de no permitirles tomar posiciones ventajosas en las cercanías.

Colocadas á consecuencia de esto, fuera del alcance de los fuegos del castillo, nada hicieron durante todo el dia, sino poner en los puntos avanzados unas banderas blancas, como en señal de parlamento; pero Comonfort mandó que el castillo hiciera fuego contra estas señales, y fueron quitadas.

Santa-Anna pudo creer que un ataque repentino y á deshora sobre la fortaleza, bastaria para que se le rindiera la pequeña guarnicion que la defendia. Dis-

puso en consecuencia, que 900 hombres pertenecientes en su mayor parte á la brigada de Costa Chica, dieran un asalto á las tres de la mañana del 20. Esta operacion fué ejecutada con habilidad y arrojo; pero el intrépido defensor de Acapulco velaba, y habia tomado bien sus medidas para no ser sorprendido. Tres líneas de defensa estaban establecidas, y se habian cubierto con avanzadas todos los puntos por donde el enemigo pudiera penetrar en la plaza. En la línea exterior habia cuatro fortines que tenian los nombres de Alvarez, Moreno, Comonfort y Solís. Una de las columnas asaltantes atacó por el rumbo de Rio Grande, donde estaba de avanzada la primera compañía del batallon de Galeara, la cual al replegarse al centro de las fuerzas del castillo, arrastró consigo un gran número de enemigos que fueron hechos prisioneros al acercarse al fortin Solís, adonde habia acudido oportunamente el coronel Don Rafael Solís, á cuyo cargo estaba la línea exterior de defensa.

Aclaraba el dia cuando el combate se hizo general en toda esta línea; y Comonfort, que desde que oyó los primeros tiros á las tres de la mañana, habia estado recorriendo todos los puntos para animar á los soldados y dictar las disposiciones convenientes, mandó que 50 hombres de San Gerónimo y la compañía de matriculados, á las órdenes del ayudante Don José Ma-

ría Suarez, saliesen á batir á los enemigos por un flanco, y que hiciese lo mismo la compañía de Galeana, á las órdenes del capitán Don Carlos Haizt. Al mismo tiempo, Comonfort cuidaba de que el fuego de las baterías no cesara un momento, para proteger los fortines, llegando su actividad hasta el punto de ayudar él mismo á cargar y disparar las piezas, por la escasez de artilleros.

Reñido fué el combate durante cuatro horas, porque los de Santa-Anna atacaban con brío, y los de Comonfort se defendían valerosamente; pero al cabo de aquel tiempo, y ya bien entrado el día, la columna de ataque estaba destrozada. Una parte de ella se retiró hácia la ciudad, pero las guerrillas enviadas por Comonfort la desalojaron de allí, y la persiguieron tenazmente hasta que se perdió por los cerros vecinos al campo de Santa-Anna.

Corta fué la pérdida de hombres por una y otra parte, aunque los defensores cojieron un gran número de prisioneros que fueron llevados á la fortaleza. Pero realmente Santa-Anna perdió allí su poder, puesto que teniendo tanta gente á su disposición, determinó retirarse después de esta infructuosa tentativa, delante de los vacilantes muros de San Diego, defendidos por menos de 500 hombres.

El mismo día 20, á las cuatro de la tarde, se presentó en la fortaleza el general Don Manuel Céspedes como parlamentario, en compañía de Don José Gener, empleado de la casa de Escandon, llevando un oficio del general Santa-Anna, en el cual se intimaba la rendición del castillo en el término de doce horas, bajo el concepto de que sería tomado á viva fuerza en caso contrario. Comonfort se negó á recibir aquella comunicación; y á las instancias que Céspedes le hacía para ello, y á las primeras indicaciones de transacción que aventuró, respondió con amable urbanidad pero con entereza: “señor general, yo no puedo recibir ese oficio ni oír proposición alguna de transacción sin “prévio permiso del Sr. Alvarez, que es nuestro general en jefe: le daré parte de todo, y veremos. Entre “tanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, “y puede Vd. decir al general Santa-Anna que ataque cuando guste la fortaleza, en el concepto de que “nosotros la hemos de defender á todo trance.”

Esta respuesta era tan categórica, que el parlamentario conoció la inutilidad de insistir más en el asunto. Tenían, sin embargo, todavía Céspedes y Gener un recurso harto poderoso para tentar la entereza de Comonfort, y empezaron diestramente á ponerle en práctica, conforme á las instrucciones que se les habían dado. Hablaron del poder del gobierno, reconocido por

toda la nacion, y aceptado hasta por sus mismos adversarios políticos; ponderaron con juicio los estragos de las revoluciones, el poco fruto de la sangre que en ellas se derrama, y la ninguna gloria que resulta de sacrificarse en ellas; dijeron que la iniciada en el Sur no tenia probabilidades de triunfo, supuesto que en ningun punto de la República, fuera de allí, habia sido secundada; y viniendo á parar en hacer una comparacion entre las fuerzas que tenia Santa-Anna sobre Acapulco, y las que defendian la plaza, concluyeron diciendo que era una locura resignarse á perecer allí con un puñado de hombres, cuando el Sr. Comonfort podia quedar bien con su patria y con su conciencia, aceptando propuestas honoríficas que le haria el gobierno para que abandonase una empresa desesperada.

Estas indicaciones habian sido hechas con tanta cortesía y tanto decoro, que el gobernador de Acapulco, aunque se apresuró á rechazarlas, no encontró razon para enojarse por ellas. Hubo, pues, lugar para que los dos enviados del campo de Santa-Anna, se esplayaran mas en la conversacion sobre las circunstancias del país, el estado de la revolucion, los sacrificios que se habian hecho por ella y los recursos con que contaba. Supieron que Comonfort habia gastado ya en aquella fecha, cerca de cincuenta mil pesos de su peculio y de su crédito; y entonces, tomando Ge-

ner la palabra, dijo que tenia orden de poner á disposicion del gobernador de Acapulco la cantidad de cien mil pesos, para que cubriera los compromisos que en la empresa habia contraido, y como una indemnizacion de los gastos y sacrificios que habia hecho por ella; que aquella suma, garantizada por la casa de Escandon, se pondria en el punto que el Sr. Comonfort designase, dentro ó fuera de la República, en la inteligencia de que él podria vivir libremente en su patria ó en el extranjero, honrado siempre por el gobierno de su país, y mereciendo la gratitud de sus conciudadanos, á quienes habria libertado de una guerra civil, interminable y desastrosa. Gener dijo tambien que podria Comonfort continuar en Acapulco con el mismo destino de gobernador y comandante principal de la demarcacion.

Comonfort respondió:

“Agradezco al general Santa-Anna esas ofertas; mas no puedo admitirlas, porque no he de faltar á los compromisos que me ligan con la revolucion, ni á los de la amistad que tengo con el Sr. general Alvarez.”

—“Bueno fuera eso,” replicaron Céspedes y Gener, “si el general Alvarez hubiera de auxiliar á Vd. en el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos